

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 30 de Noviembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.
Año. 5 ptas. Semestre. 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 31.

Horrorosa catástrofe.—Un tren que se despeña.



EXPRESO DE BARCELONA A VALENCIA AL PASAJERO.

Ayuntamiento de Madrid

UN DUCADO EN LITIGIO

PLEITO RUIDOSO

Los duques de Portland.

Los reyes de España pasaron el día 21 de los corrientes en el parque de Welbeck-Abbey, hermosísima finca que los duques de Portland poseen en Inglaterra. Pertenece el ducado a la familia Bentinck, una de las más linajudas de la aristocracia británica, y en la que figuró el insigne estadista Guillermo Enrique Cavendish (lord Portland) que en 1762 riñó en la Cámara de los lóres grandes batallas contra el Gobierno de su país; formó parte, tres años después, del Gabinete liberal presidido por Rockingham, y fué jefe más tarde del Ministerio de coalición que firmó la paz con las colonias americanas en 1789, y desde el primer momento se mostró favorable a la causa de la Revolución francesa. La estancia de D. Alfonso y doña Victoria en el palacio de Welbeck no coincidió, pues, con la vista del dudoso pleito en que los descendientes de un hijo de Tomás Carlos Druce, alegando que es la persona-

«Era esto—dice—por el año 1898. Tenía yo en Australia el modesto oficio de carpintero, y cierto día, cuando me hallaba trabajando tranquilamente, entró en el taller uno de mis parientes con un periódico en la mano, y me dijo: «Jorge, estoy plenamente convencido de que eres el duque de Portland.»

«Esta frase enigmática debía cambiar mi existencia radicalmente y alejarme de mi familia y de mis amigos para ir a Inglaterra con objeto de pedir a los Tribunales británicos una reparación a la injusticia que me ha desposeído de la corona ducal de Portland y de los bienes anejos a ella.

«Vine a Londres y, en unión de mis abogados, me consagré en cuerpo y alma a la empresa de ir reuniendo documentos a fin de probar que mi abuelo se llamaba Tomás Carlos Druce y que casó, en 1816, con una honradísima joven llamada Isabel Crickmer.

«Ahora trataré de demostrar también que el quinto duque de Portland y Tomás Carlos Druce eran una sola persona.

vestigar el origen de la familia del difunto. Obtengo una copia del testamento del padre de éste, ó sea de Tomás Carlos Druce, sabiendo por dicho documento que había muerto en 23 de Diciembre de 1864, cerca de Hendon, y que había dejado una suma de 1.750.000 francos en bienes personales; pero ninguna finca, cosa que le sorprendió grandemente, pues tenía poderosas razones para creer que su difunto suegro era hombre mucho más rico de lo que aparecía en el testamento.

Fortuna evaporada.

«Ana Druce había oído decir a su marido, en varias ocasiones, que su padre poseía buen número de casas en Londres y en provincia, y, recordándolo, se puso a investigar las causas de no haberse hecho mención de ellas en el acta del Registro de últimas voluntades en que constaban los referidos datos. En el curso de su labor de investigación descubrió una escritura de transmisión de dominio de tierras de inmensa extensión y de propiedades de valor muy considerable, transferidas por

al recorrer los diversos lugares que había frecuentado el padre de su difunto esposo, llegó al bazar de Baker Street, que mi abuelo había dirigido por espacio de treinta años. Allí encontró a tres personas que le aseguraron la imposibilidad de que Tomás Carlos Druce hubiese fallecido en 1864, puesto que con posterioridad a esa fecha le habían visto infinitas veces.

«Solicitó permiso del Tribunal competente para exhumar los restos de mi abuelo enterrado, en 31 de Diciembre de dicho año, en el cementerio de Highgate. Deseaba mi tía convencerse de que el ataúd contenía, efectivamente, un cadáver, cosa que ella ponía en duda, pues juraba y perjuraba que su marido le había declarado que, al morir su padre, cuando él tenía catorce años, sus funerales se hicieron en el mayor misterio, y a que a él se le prohibió terminantemente ver el cadáver de su padre y asistir a su entierro.»

La exhumación.

El canciller de la diócesis de Londres ha firmado por dos veces la or-

den del bazar de Baker Street, quien se opone—según acabamos de hacer constar—a la exhumación de los restos de su padre.

Las instancias de ambos son, pues, distintas y conexas, puesto que Herberto hace también suya la solicitud de Jorge en el pleito entablado por éste contra el actual duque de Portland en reivindicación del título y de la herencia del difunto Tomás Carlos Druce.

Desde el momento en que se discute la cuestión interesantísima de si el féretro está legítimamente ocupado, como asegura Herberto, ó si no contiene más que unas láminas de plomo, según pretende Jorge Hollamby, se comprende el gran interés que despertarán los debates ante el Tribunal de Merylebone, bajo la dirección del juez Mr. Plowden.

La sala de audiencias se llena de distinguido público, y las sesiones del pleito son, valiéndonos de la expresión inglesa, *very fashionable*.

El público es eminentemente aristocrático, y lo compone casi exclusivamente la flor y nata de la alta sociedad londinense.



1. Mr. Atherley Jones, abogado de Jorge Druce.—2. Miss Robinson, ex secretaria de Tomás Carlos Druce, supuesto duque de Portland.—3. Jorge Hollamby Druce, nieto de Tomás Carlos y pretendiente a su herencia.—4. Mr. Horacio Avory, defensor de Herberto Druce.—5. Herberto Druce, hijo de Tomás Carlos.

(De LA ILUSTRACIÓN FRANCESA.)

no era otro que el quinto duque de Portland, litigan por creerse con perfecto derecho a heredar el título y la fortuna que disfrutaban hoy los ilustres huéspedes de los reyes de España.

El pretendiente a una corona. La revelación.

Jorge Hollamby Druce, parte principal en el pleito, ha referido lo siguiente:

De descubrimiento en descubrimiento.

«La primera persona que comenzó a entrever la verdad en este asunto lleno de sombras y misterios, fué mi tía Ana María, viuda de Guislerio Tomás Druce, hijo éste del segundo matrimonio de mi abuelo con miss Annie May. Al morir el esposo de aquella, dejando a su viuda y a sus hijos punto menos que en la miseria, la señora Ana Druce se ocupó en in-

Tomás Carlos Druce a un miembro de la familia Bentinck, de la que descienden los duques de Portland.

«Mi tía obtuvo, además, copia del acta de defunción de su suegro, produciéndole la natural sorpresa el hecho de que no hubiese certificación facultativa respecto a la causa de su muerte firmada por los médicos que le asistieron en la enfermedad que le llevó al sepulcro. Convinida de que debía de existir algo anormal en todo ello, continuó sus pesquisas, y

den autorizando la exhumación de los restos de Tomás Carlos Druce, a lo que se opuso terminantemente el hijo de éste, Herberto. Y esto es lo que se ventila hoy ante el Tribunal de Merylebone, en Londres, una de cuyas sesiones reproduce el grabado adjunto.

El pleito.

Litigan de una parte el mencionado Jorge Hollamby Druce, y de otra el ya dicho Herberto, actual propie-

Hasta ahora las declaraciones más sensacionales han sido la del norteamericano Mr. Roberto Caldwell y la de miss Robinson, antigua secretaria y confidente del difunto duque de Portland, habiendo ambos asegurado que éste y Tomás Carlos Druce eran una misma persona.

El proceso promete ser ruidosísimo, y sus incidentes constituyen la comidilla del pueblo inglés, tan amigo del escándalo como los de raza latina.

CATÁSTROFE FERROVIARIA EN RIUDECAÑAS.—20 MUERTOS Y MAS DE 50 HERIDOS

Primero con la imprecisión y vaguedad características de todo gran suceso, y aumentando más tarde con la llegada de más concretas noticias, las impresiones de horror producidas por la última catástrofe ferroviaria no han dejado aún de conmover a la opinión pública.

La primera alarma cundió en Madrid el lunes último a las cuatro de la tarde.

El subsecretario de Gobernación se vió rodeado por diputados y periodistas en los pasillos del Congreso. Ansiosamente le pedían noticias. Estas eran tan breves como desoladoras. En la provincia de Tarragona, y al pasar el expreso de Valencia por cerca de Cambrils, hundiéndose un puente de la línea férrea, precipitando el convoy en el barranco. Se hablaba de muchos muertos y heridos.

Desgraciadamente, las tristes nuevas tenían confirmación plena, y poco después la Prensa de la noche informaba al público de toda la magnitud de la catástrofe.

El tren hecho astillas.

Era el 702, expreso de Tarragona a Valencia, donde debía haber llegado a las cinco y cuarenta. Hace servicio diario, recorriendo los 275 kilómetros que separan las poblacio-

nes citadas, en siete horas y cincuenta y ocho minutos.

Había salido de la estación de partida a las once y cuarto de la mañana, ocurriendo el siniestro próximamente media hora más tarde.

Entre Cambrils y Hospitalet, a la mitad de cuyo trayecto acaeció la desgracia, hay 14 kilómetros, que se hacían con una velocidad marcada de 50 por hora.

La máquina no era de las grandes y nuevas Compound, recientemente adquiridas por la Compañía.

Conducía el expreso despeñado 73 viajeros, 22 de primera y 51 de tercera.

El puente de Cambrils.

Tiene cien metros de longitud, por cinco de elevación y doce ojos.

La rambla sobre que corre se convierte en laguna durante los temporales de lluvia. Con motivo de las últimas inundaciones se temía que estuviese resentido, y fué apuntalado con vigas de madera. Ya en 1894 se le reforzó también, pero en ninguna ocasión se dispuso que dejaran de circular los trenes.

El accidente.

Entró el tren por el puente sin aminorar su velocidad. Dicen los supervivientes que sintieron una extraña trepidación, pero apenas hubo

tiempo de alarmarse. La máquina y dos coches pisaban ya tierra firme, cuando se sintió una horripante detonación, luego un infernal estrépito. Las demás unidades cayeron despeñadas. Al colosal tirón retrocedieron ambos vagones y la locomotora, soltando chorros de vapor y de fuego, quedó destruida. Un coche quedó colgando de la sima.

Los demás, entre maderos rotos y hierros tronchados, fueron a estrellarse en la torrentera. Sólo caben hacer conjeturas de lo que ocurrió después. Partido el puente, sucediéronse escenas de horror espantoso, cuya determinación exacta no puede ser posible.

Auxilios prestados.

Los primeros socorros fueron debidos a los habitantes de Cambrils, que rápida y generosamente marcharon al lugar de la catástrofe.

El jefe de la estación de Cambrils telegrafió al de Tarragona, pidiendo angustiosamente auxilios. Lo mismo hizo el alcalde al gobernador. Con toda la premura que requería el caso salieron dos trenes de auxilio: uno de la Compañía de ferrocarriles, con botiquín y personal facultativo, y otro oficial, en el que iban el gobernador, el teniente coronel de la Guardia civil y algunos guardias; el

personal de la Dirección de Obras del puerto y el de la Jefatura de Obras públicas. También embarcaron en el tren de socorro varios médicos, una sección de la Cruz Roja, el administrador de Correos y el teniente fiscal. Llevaban varias camillas y abundantísimo botiquín.

Algunos heridos fueron transportados a Cambrils. A otros se les condujo a Tarragona al volver el tren de socorro.

Un escuadrón de Caballería, salido de Reus, acudió al sitio de la catástrofe.

De Tortosa también llegaron auxilios, farmacéuticos, médicos y una sección de la Cruz Roja.

Las víctimas.

Al revés de lo que suele pasar en sucesos de esta índole, el número de muertos y heridos ha resultado mayor de lo que se dijo al principio.

Se han encontrado 20 cadáveres y más de 50 heridos, muchos de ellos en gran peligro de muerte.

Detalles trágicos.

Una familia entera pereció en el siniestro. Se componía del padre, D. Antonio Baviera, tres hijos y dos sobrinas.

El cadáver del Sr. Trost, director del Crédit Lyonnais de Barcelona, autoridad respetabilísima en el mun-

do de la Banca, fué encontrado en el fondo del barranco con la cabeza deshecha.

En la ropa de los muertos se hallaron gran cantidad de alhajas y metálico.

El cuerpo de una joven fué descubierto en tal forma, que los brazos, extendidos, parecían implorar socorro. Cubrían sus dedos sortijas de mucho valor.

Llegó a Barcelona un tren de heridos, emocionando profundamente al público el desembarco de algunos moribundos que apenas se daban cuenta del fúnebre traslado.

Teresa Pont y su hija venían ambas heridas de gravedad, ignorando que su hijo y hermano fuera uno de los muertos.

Junto al cuerpo inanimado de María Roig encontraron, los que practicaban trabajos de salvamento, a una niña, hija suya, de ocho años, desmayada, pero ileso.

Renunciamos a describir desgarradoras escenas, fatalmente multiplicadas, en donde los parientes, hijos, madres, esposos, recibían los cuerpos mutilados de los seres queridos.

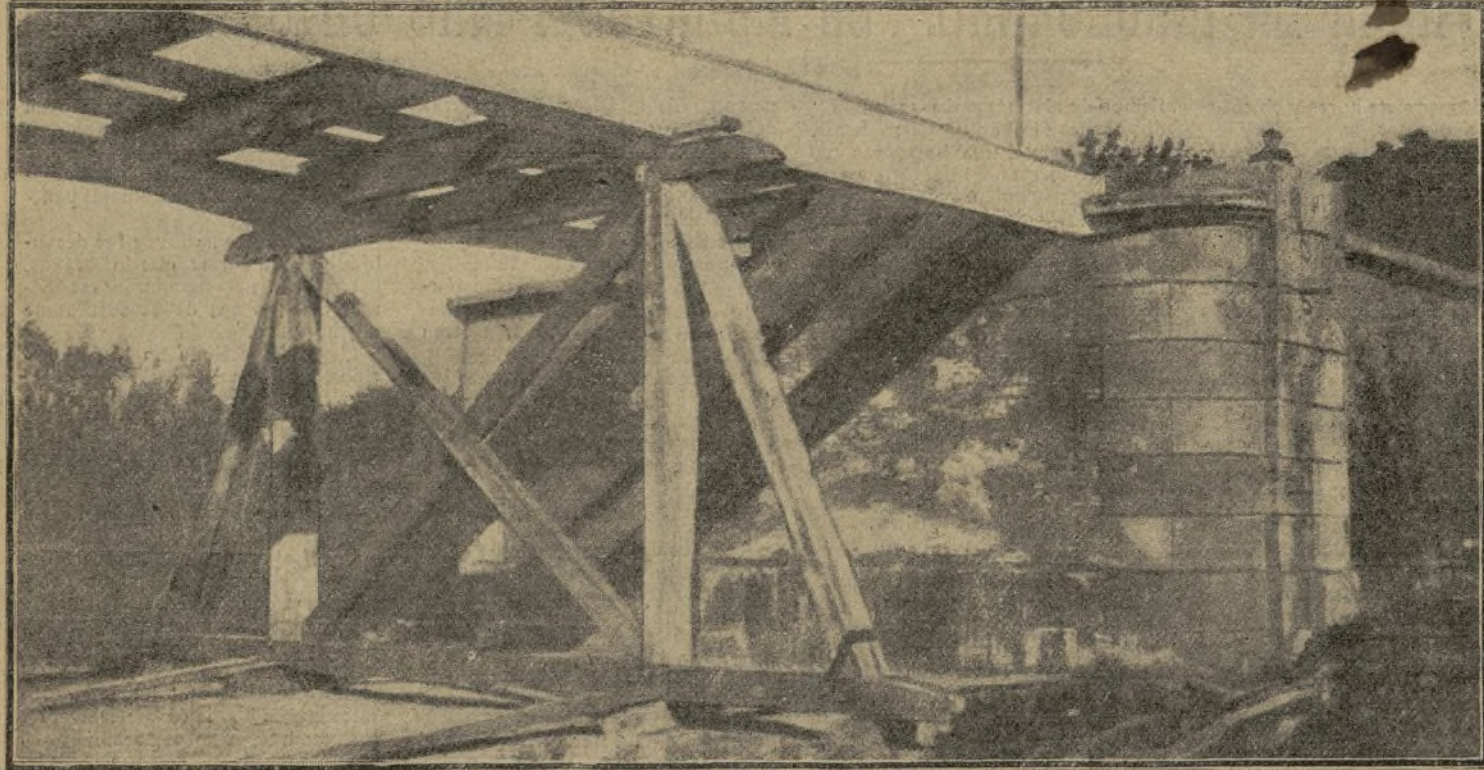
Ha habido varios casos de locura, producida por el terror, y graves ataques que determinaron las funestas impresiones.

LUNA DE MIEL DESGRACIADA



SALPICADURAS DE SANGRE MANCHAN EL RAMO DE AZAHAR

A DOS RECIEN CASADOS QUE HACÍAN EL VIAJE DE NOVIOS, LES SORPRENDE LA CATÁSTROFE.—LOS JÓVENES ESPOSOS FUERON DESCUBIERTOS ENTRE LOS ESCOMBROS FUERTEMENTE ABRAZADOS.—ELLA, UNA LINDISIMA MUCHACHA, ERA PRESA DE FUERTE SÍNCOPE.



¿Hay ó no responsables?—La fotografía delatora.—Vista de uno de los suplementos de madera colocados en el ruinoso puente de Riudecañas.



La locomotora empotrada en tierra, tal como quedó después del horrible accidente.



Instantánea obtenida poco después de ocurrida la catástrofe del expreso de Barcelona á Valencia.



Los primeros trabajos de salvamento realizados por heroicos y generosos vecinos de Cambrils.
(Fotografías de Moragas, remitidas por nuestro redactor-corresponsal en Barcelona F. Miché de Champourcin.)

COSAS DEL OTRO JUEVES

Ya se abrió el Real y, como cosa del otro jueves, debe consignarse que se abrió con el estreno de una ópera nueva, pues desde que el simpático Luis París fué empresa, hasta ahora, que ha vuelto a tener intervención directa en aquella casa, no habíamos dado un paso en la europeización del repertorio.

¡Por algo se llama París!

Para que el gozo de los abonados no fuese completo, la nueva producción de Puccini no gustó, á pesar del lujo con que hubo de presentarla la empresa y de la categoría de sus intérpretes. Está de Dios que en nada ha de ser completa nuestra dicha, ni siquiera en cuestión de espectáculos.

Con los toros ocurre lo mismo:

cuando hay toros, no hay toreros; cuando hay toreros, no hay toros que dijo Pepe Moros, gran amigo de Don Modesto, y desde hace bastante tiempo no hay solemnidad sin contratiempo, ni fiesta sin lluvia.

Madame Butterfly, por mal nombre La señora Mariposa, se volvió



aparecer los clásicos tipos de aquella casa.

El de la entrada de palco, ó sea el que mediante el corto estipendio de una peseta cincuenta céntimos se procura nada menos que tres placeres, á cincuenta céntimos cada uno: el de incir el frac, el de ver mujeres hermosas y el de echárselas de abonado á todos los turnos.

Durante los entreactos se pasea



del vendedor de periódicos, únicos que están en el secreto.

El águila, llamado así porque vuela de visita de palco en palco y con-

sigue oír las óperas, interpretadas por los más celebrados artistas del bell canto, por una cincuenta y dar la lata á todo el abono.

Le dirigen indirectas por su frescura, pero se hace el suevo.

El melómano, apasionado furibundo de la música, que acude al paraiso deseoso de que un artista roce una nota para demostrar su oído exquisito y su concienzudo conocimiento de la partitura, siseándole y hasta recriminándole en voz alta.

Es el que se acerca al oído del espectador más próximo y le dice misteriosamente: «Uno de los violines segundos tiene medio cuarto de tono baja la prima.»

Pues que se la suban—contesta e espectador malhumorado.

Es el que se irrita cuando alguien tose; el que arma una bronca por el menor ruido y, á fuerza de querer oírlo todo, acaba por no dejar oír nada.

Otro tipo clásico es el que va sólo á escudriñar nucas y escotes femeninos, que aquilata con unos gemelos poderosos, y tiene hecho un estudio comparativo de las exuberancias de nuestras más distinguidas damas con todos sus pelos y señales.

En fin, el que se abona sólo porque es moda, aunque sea sordo.

Ya se ha abierto nuestro primer

coliseo, centro de reunión de la más alta sociedad madrileña, donde se contemplan las más estupendas toilettes y se escuchan los más estupendos rumores.



—¿Qué me cuenta usted!

—Lo que usted oye.

—¿De modo que ha sido el conde el que se ha escapado con la Macarroni?

—No, no señor; ha sido la cendesa.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de SANCHÁ.)



gusano, y la protagonista no consiguió emocionar á los amateurs, á pesar de llamarse Cho-cho-sán, que parece una garantía.

Más emocionan algunas abonadas sin ser Cho-cho-sán, ni ser un dolo que dan de peque, sino dos, idos! y sostenidos.

Se inauguraron las nuevas tertulias de los entreactos; se inauguraron las nuevas toilettes de la temporada, y se inauguraron algunas historias de las que luego han de correr de boca en oído y de oído en boca hasta convertirse en noticia fresca.

Con tal motivo han vuelto á re-

ostensiblemente por el pasillo de las butacas, saluda llamativamente á los conocidos, aunque sólo sean de vista, y cuando el maestro da con la batuta en el atril los toquitos de atención para la orquesta, abandona la sala y se sale al foyer á fumar cigarrillos, sentado al pie del busto de Gaiarre.

Va al Real años y años y no ha oído ninguna ópera; conoce de referencia á los más celebrados artistas y habla de su labor con arreglo á los comentarios que, al salir, emiten los espectadores.

Es gran amigo de los porteros y



CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.

En la Escuela de tauromaquia.



Los mil guardias viendo á los estudiantes jugar al toro, que es lo mismo que hacer novillos.

La degüellación de los inocentes.



—¿Y usted, qué opinión de la cuestión Guell? —Que una cosa es la solidaridad y el negocio es otra cosa.

A caza de gangas.



Parece mentira que los vivos sean víctimas del desacreditado timo del entierro.

«Siempre p'atrás.»



Ya sabemos en qué parará lo de la fardinera. En que nos sirvan un plato de cangrejos á la idem.

La última catástrofe (por ahora).



—Vaya, compañero, que usted se alivie... ¡y hasta la próxima!



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».